



UN VERANO DIFERENTE

Este año no hemos hecho vacaciones como lo veníamos haciendo los últimos veranos. Nuestra marcha de San Jerónimo, y al no depender del guarda, nos ha permitido el poder abrir todos los domingos.

La afluencia de socios no ha sido como antaño, pero no han faltado, y ha sido motivo para que todos los domingos se abra el local: no se han hecho vacaciones. Y la experiencia ha sido positiva, por lo que se procurará mantenerla, ya que parece que nos hemos adaptado al nuevo emplazamiento de San Bartolomé, donde tenemos a mano los catálogos, revistas y libros e informaciones sobre lo preciso para desarrollar nuestra afición.

Los horarios siguen siendo los mismos: de 10 a 13 horas todos los domingos. El horario para la recogida de las novedades es el mismo.

Las paradas de diversas líneas de autobuses están a menos de 200 metros y son varias las líneas que paran cerca. También en la Parte Vieja teníamos que ir en bus y andar un poco. Os invitamos a ir a San Bartolomé a los que todavía no lo conocéis. Os esperamos.

También podréis disponer de Internet de alta velocidad con fibra óptica para los asuntos filatélicos con un nuevo ordenador para uso de los socios exclusivamente. También disponemos de teléfono, cuyo número es el 943 265048.

Próximamente volveremos a montar en el hall principal de la oficina de Correos, en la calle Urdaneta, una exposición con dos colecciones filatélicas. Si hay algún socio interesado en exponer, que lo comunique a la Asociación.

LOS BUSCADORES DE TESOROS

J. A. López

GRANJA PRIMER MERCADO TRUFERO



XV EXPOSICIÓN FIATÁLICA Y NUMISMÁTICA
GRAUS, 10 de septiembre de 2005



No llevan picos ni palas; no abren zanjas ni lavan la tierra; tampoco llevan una batea o utilizan un cedazo; sus herramientas las llevan en su cabeza, en la nariz, y se limitan a oler la tierra y hozar con la jeta o escarban con las pezuñas: si, nos estamos refiriendo a los cerdos y a los perros que utilizan su agudo sentido del olfato en la búsqueda de los aromáticos tubérculos, de gran valor gastronómico y comercial: las trufas blancas -*Tuber magnatum*-, o las trufas negras -*Tuber melanosporum*-. También existen otras tuberáceas con sabores algo más atenuados, más no por ello desdeñables. Pero no vamos a tratar de estas especies micológicas, ya que lo que queremos destacar son los seres perrunos y los porcinos, en la mayoría de los casos adiestrados para la búsqueda del perfumado tesoro escondido bajo la tierra. No son perros de una raza determinada, con pedigree, ni los cerdos tienen que ser exquisitos ibéricos; en ambos casos lo que se valora no son la raza, belleza, o morfología. En cualquier caso basta con una “buena nariz”, como la de cualquier sommelier en sus catas a ciegas. No contamos con las moscas, la *Helomiza tuberivora*, que también parece que no les falta olfato, que se las suele ver en los pequeños montículos que levantan las trufas e incluso agrietan la tierra al crecer. No computamos a estas moscas especializadas que van por libre, en provecho propio, y además tendríamos que prestar tanta atención que, como suele decirse, “los árboles no nos dejarían ver el bosque”

De modo anecdótico podemos anotar que en Ulzama, (Navarra), emplean una jabalina con buenos resultados. Desde que nos lo contaron ha pasado algún tiempo, y a los jabalís no es fácil manejarlos con la edad.

Hace ya algún tiempo tracé unas cuantas líneas sobre perros y cerdos que aparecen en los matasellos dedicados a las trufas. Eran de Italia y de Francia y eran cuños y rodillos y algún franqueo mecánico. Hoy volvemos a incidir en ellos y así incrementamos la lista con los matasellos más recientes. Todos los matasellos son de cuño y todos son italianos -que además en su mayoría van acompañados de algún edificio o monumento de la población, y algunos no



carecen de humor-, exceptuando uno que es español y francés otro; este con un bonito cerdo de retorcido rabo. Todos los cuños, además de a exposiciones filatélicas, celebran ferias, mercados y exposiciones de la trufa blanca o de la negra, que a veces se unen a otros productos, tales como las castañas, los vinos, productos agroalimentarios, objetos típicos y artesanales. Unos matasellos bien aprovechados.

Si del cerdo se aprovecha todo lo tangible e intocable -el olfato-, el perro, el mejor amigo del hombre, tiene actitudes que aprovechamos de diferente manera

en nuestro beneficio: la caza, de lazarillo, tiro de trineos, de compañía, de guardianes, rastreo de cadáveres, en labores de la policía que los adiestra en la búsqueda de drogas, dinero o montañeros perdidos bajo la nieve en los aludes. Todos estos perros, los que se dedican a oliscar y no solo los que buscan trufas, “el mejor amigo del hombre”, son utilizados, y en casos explotados, por sus supuestos mejores amigos: los “hombres”.



UN MUSEO ATIPICO

J. A. López

Museos de todo el mundo han merecido figurar en los sellos de Correos, la mayoría por medio de las obras que atesoran -obras que podemos ver en sus paredes y pedestales- y en algunos casos con las vistas exteriores de los edificios. Pero hay un museo al que se le ha dedicado un sello que no representa ni el edificio ni alguna obra propia: reproduce la banderola que nos conduce y predispone a la visita del recinto, con su imagen irónica, que representa la punta de un lápiz en las últimas, con un ojo, y tocado con un gorro de bufón o polichinela.



Pero un Museo muy especial es el ERYK LIPINSKI MUSEUM DE LA CARICATURA, situado en Varsovia, la capital de Polonia. En realidad este museo es una pinacoteca temática monográfica que recoge multitud de caricaturas realizadas con los diferentes sistemas y materiales, tales como el lápiz, el carboncillo, la sanguina y hasta el oleo o las tizas y con cualquier otro material con el que se pueda trazar unas líneas, y sobre los más variados soportes como el papel, el lienzo, la madera, el cartón o la cerámica y cualquier otra superficie que soporte cualquier materia o herramienta que deje marca.

A principios de los años sesenta del pasado siglo, el creador del museo, Erik Lipinski (1908-1991), empezó a coleccionar caricaturas, adquiriendo obras antiguas y modernas e incluso solicitando a los artistas de la época que donaran obras suyas, a las que unió las propias. El era caricaturista, diseñador gráfico, cartelista, ilustrador de libros; pero no solo destacó en la rama del arte, sino que también lo hizo como periodista, humorista, columnista, historiador de la caricatura, etc. Había realizado estudios de arte en la Academia de Bellas Artes de Varsovia. Se estrenó como caricaturista en 1928 en el semanario Pobudka; fundó una revista satírica; Formó parte de la creación de la Primera Bial International del Cartel en 1966. Pero su fijación por la caricatura le lleva a la presidencia de la Asociación de Caricaturistas de Polonia; creó revistas y semanarios.

El Museo Eryk Lipinski de la Caricatura, posee más de 25.000 obras en su colección -posiblemente sean ya unas cuantas más- que por las características de la mayoría de las obras y sus soportes, no ocuparán tanto espacio como si fueran tridimensionales o de bulto, tal como lo son las esculturas, aunque algunas las

hay. Pero antes hubo que encontrar un lugar, un edificio donde poder albergar tanto material y donde poderlo exhibir.

En principio formó parte del Museo Nacional de Varsovia y a mediados de los setenta del Museo de Historia de Varsovia, pero no duró mucho tiempo, y por fin encontró su lugar en una sección del Museo de la Literatura, en septiembre de 1978. La colección del Museo fue creciendo y el espacio para las exposiciones temporales se quedó pequeño. La primera exposición se hizo en enero de 1979 en un local alquilado y otras en recintos cedidos. Lipinski continuó buscando un local estable para el museo. Encontró unos edificios de servicio anexos del palacio Primat, que tuvo que acondicionarlos. Su apertura fue el 27 de octubre de 1983 con la exposición de las mejores obras del museo, por entonces 2.500. Pero fue creciendo el número de piezas que, tal como se dice, ya habrán pasado de las indicadas veinte mil: y seguirán creciendo.

En los papeles de los que entresacamos los datos que damos hay una lista de artistas que tienen obra en el museo: la mayoría polacos -con apellidos de muchas consonantes y algo escasos de vocales-, entre los que encontramos al inglés William Hogarth y el gallo Honoré Daumier, los únicos que en nuestra ignorancia conocemos. Que nos perdonen los polacos por desconocerlos. De los dos “extranjeros” apenas si hay algo en filatelia, y de lo poco que hemos visto de Daumier son los rostros caricaturescos de la gente anónima del pueblo; no son válidos para nuestros intereses filatélicos que buscan la personalidad.

Nuestro pequeño museo particular de caricaturas de personajes, más o menos conocidos, más o menos famosos, toma volumen; con calma pero sin pausa, se emiten sellos, pero no muchos, y los matasellos van llegando poco a poco, sobre todo españoles. Pero las puertas de esta pinacoteca permanecen cerradas: hemos descrito unas cuantas caricaturas en diversos dando cuenta de la existencia de sellos y matasellos y alguno que otro documento filatélico y postal, aproximadamente un quinto de lo que conocemos -calculado a ojo de buen cubero-, algún sello se nos habrá escapado, y nos imaginamos que los matasellos que no conocemos serán infinitos. Conocemos los que tenemos y algunos más. Tampoco los museos tienen todo lo que les gustaría colgar de sus paredes. Cuando encontremos un lugar apropiado para la exposición -o sea, las hojas apropiadas y la distribución del material apropiado-, el museo abrirá las puertas a los visitantes.

Desde estas líneas de filatelia nos preguntamos si el Museo tendrá entre sus fondos una sección especial dedicada a las caricaturas que aparecen en los sellos y los matasellos o en cualquier documento postal: tendremos que preguntárselo al regidor de la singular “pinacoteca” al que desde ahora mismo le emplazamos a que dedique unos metros de pared para colocar unos pocos paneles a la Filatelia. Y a los filatelistas interesados en este tema invitamos a visitar el Museo en su visita a Varsovia.

LA DAMA DE CARRÈSSE

Begoña Imaz

Quiero romper una lanza, como se hacía antiguamente, a favor de una dama que jugó un papel importante en la guerra de la Independencia, extraordinariamente culta y dotada de cantidad de cualidades, que es tratada con cariño y admiración al otro lado de los Pirineos, pero que en esta parte es objeto de indiferencia, cuando no de desprecio, al considerarle solamente “la amante de Pepe Botella”.

María Pilar de Acedo, futura marquesa de Montehermoso era guipuzcoana de nacimiento. Vino al mundo en Tolosa, en 1784, aunque su familia, instalada en el palacio del pueblo de Acedo, (Navarra), había arraigado en ese reyno desde la Edad Media. Su primer antecesor conocido, Martín Sánchez de Acedo, estaba emparentado con las familias navarras más prestigiosas como los Medrano, Dicastillo o los Loyola.

En el domicilio familiar tolosano, todo evidenciaba un medio social muy culto: La familia poseía una extensa biblioteca, en la que figuraban antiguas ediciones escritas en el idioma de Molière. Su padre, José de Acedo y Atodo, hablaba en francés en presencia de los criados, como era costumbre en la nobleza española de finales del siglo XVIII. Y Pilar fue educada por sus preceptores en el culto a la belleza, la poesía y el arte.

En 1784, el rey de España nombró a su padre conde de Echaz, título que ostentó Pilar, su única hija, primeramente hasta su matrimonio y después, al quedarse viuda.

El conde tenía relaciones comerciales con Francia y se desplazaba con frecuencia a Bayona por sus negocios, manteniendo una estrecha amistad con François Cabarrus, nacido en Bayona y banquero indispensable de Carlos IV de España.



*Marquesa de Montehermoso,
en el Monumento a la Batalla
de Vitoria en la Plaza de la
Virgen Blanca en Vitoria*

Durante aquellos años, la aristocracia española se encontraba dividida, ya que hasta en la nobleza más antigua existían partidarios de un cambio de la monarquía borbónica. Aunque eran leales a la persona del rey, deseaban que penetrara en la península “el Siglo de las Luces” francés, para reducir el poder de la Inquisición y del clero. Veían ventajas en la Revolución Francesa, si ello suponía un soplo fresco en un país retrógrado y regido por un rey dominado por su esposa y por el amante de ésta, Manuel Godoy.

Durante su infancia, Pilar visitó con frecuencia la corte de Carlos IV en Madrid y Aranjuez, junto a su pariente la duquesa de Alba y Teresa Cabarrus, su amiga de la infancia. La adolescencia le duró bien poco, ya que con 16 años la casaron con un noble bastante mayor que ella, don Ortuño de Aguirre, conde de Treviana y marqués de Montehermoso. Fue uno de los numerosos matrimonios concertados, tan en boga durante aquella época. La inmensa fortuna del marqués provenía de Monte-Hermoso, pequeño pueblecito de Badajoz, a unos 20 kms de Plasencia, famoso por sus minas de oro. Ortuño pertenecía a una de las 1.323 familias de la nobleza española cuya media de propiedades pasaba de las 12.800 hectáreas.



Carlos IV



Manuel Godoy

El marqués no brillaba por su inteligencia y a la nobleza no le gustaban ni sus fanfarronadas, ni sus gritos extemporáneos ni sus continuas burlas sobre el clero y la religión. Diputado en las Cortes Españolas, formó parte de la Junta que destituyó a Carlos IV y que en Bayona, puso la corona del Muy Católico Soberano en manos de Napoleón.

El 6 de agosto de 1801 nació la única hija del matrimonio, Amalia, retratada años más tarde por Goya.

José, el primogénito de los Bonaparte llegaba procedente de Nápoles, en donde había sido apreciado como rey, a pesar de haber hecho todo aquello que pudiera disgustar, contrariar o estorbar al Emperador, instalándose en Bayona. Previamente habían rechazado el trono de España sus hermanos Luis y Jerónimo. Tras numerosas peripecias, la Junta, totalmente adicta a los caprichos de su ilustre hermano, le reconoció como rey el 10 de marzo de 1808.

José era un hombre de buena voluntad (se le llamaba “el rey filósofo”), pero no poseía ni el más mínimo talante político, ni tampoco el sentido estratégico y militar que le permitieran crear una auténtica política de aceptación de un monarca intruso en tierra española. Por otra parte, le precedían sus frivolidades, su exagerada afición a las mujeres y su reputación de sibarita. Creía ciegamente en la conversión de los corazones y esta fe inquebrantable en su buena estrella le proporcionó amargas desilusiones y grandes calamidades.

José partió al encuentro de sus súbditos pensando que le eran adictos. Iba rodeado por su Estado Mayor, compuesto por “Afrancesados”: don Luis de Urquijo, Ministro Secretario de Estado; don Pedro Cevallos, Ministro de Asuntos Exteriores; don Miguel de Azanza, Ministro de las Indias; el conde de Cabarrus, Ministro de Finanzas; el duque de Sotomayor y el marqués de Montehermoso, quien tuvo la gran precaución de dejar en casa a su joven esposa. A todos ellos les desconcertó el poco entusiasmo demostrado a su paso. José Bonaparte escribió: “No es que me espante, pero mi posición es única en la Historia: No tengo un solo partidario”.



José Bonaparte

La entrada de José en Madrid se realizó bajo un ambiente de callada reprobación. No hubo ni un solo testimonio de alegría, incluso se cuenta que al ver al rey, una mujer gritó “¡Es un hombre guapo, resultará un guapo ahorcado!”.



General Castaños en la Batalla de Bailén

En la primera derrota del ejército imperial, la Batalla de Bailén, murieron 1.200 soldados franceses y 18.000 fueron hechos prisioneros. El general Dupont, quien horas antes había declarado “será un paseo victorioso”, apenas fue capaz de justificar la derrota. En cambio, el general Castaños, sorprendido por la inesperada victoria, habló de “milagro”.

El avance de los rebeldes y la multiplicación de las guerrillas, obligaron a José a abandonar Madrid para replegarse, primero en Burgos y más tarde en Vitoria, adonde llegó con toda su corte el 19 de agosto de 1808. Indeciso sobre las medidas a tomar y dejando que generales del Imperio como Lannes, Bessière o Lasalle solucionaran las mil

dificultades, el monarca se instaló en la capital de Alava, a la espera de que llegara su hermano para ocuparse personalmente de España.

En Vitoria le fue ofrecida una mansión construida en 1520, espléndidamente amueblada, con una magnífica biblioteca y un precioso jardín, propiedad de los marqueses de Montehermoso, quienes se trasladaron a un edificio que se hallaba enfrente, lo que permitía al rey observar desde una ventana de sus habitaciones las idas y venidas de las criadas de los Marqueses. José quedó prendado de una sirvienta de 18 años, muy morena y muy bonita, a la que requirió sus favores. Aturdida por la proposición, la joven dudaba. Y fue su señora la que le convenció para que accediera, siendo éste el primer contacto indirecto de la marquesa con el rey José. Seguidamente, Pilar, sabiendo iban a transmitir al rey sus palabras, comentó su gran sorpresa de que persona tan agradable se dedicara a mujeres de otro rango, cuando ella tenía la seguridad de que había muchas damas que se verían muy halagadas de ser el objeto de sus atenciones.

Al día siguiente, el rey invitó a cenar a los marqueses, sucediéndose seguidamente los banquetes y los bailes, dado que la imaginación de Pilar era desbordante para complacer a sus ilustres invitados. Hablaba en francés en todo momento y disertaba con ingenio sobre literatura francesa y sobre pintura, ya que había crecido en un ambiente completamente refinado y francés. Cambiaba de toilette varias veces al día, siendo la auténtica reina de Vitoria y ejerciendo como favorita. Su marido tuvo la discreción de aparentar no ver nada, ya que no temía a la Inquisición, pero le espantaban los arrebatos de cólera de su esposa.



Palacio de Montehermoso en el casco antiguo de Vitoria

José decidió adquirir el palacio de los Montehermoso, pagando 300.000 francos. Su Ayudante de Campo declaró: “No sé lo que dirán de esto en Francia y en Europa, pero lo que sé a ciencia cierta es que en el Cuartel General de Su Majestad se comenta que la Marquesa no vale 300.000 francos.”

El 5 de noviembre de 1808 llegó Napoleón a Vitoria, extrañándose de encontrar a su hermano instalado voluptuosamente en un palacio. Para no provocar la cólera del Emperador, se rogó a Pilar que se abstuviera de aparecer y que fuera excepcionalmente discreta, lo que supuso un duro golpe para una dama acostumbrada a recibir continuamente honores y agasajos.

Tras la llegada de Napoleón, todo el mundo emprendió el camino de Madrid, y el Emperador solamente permitió a su hermano que siguiera al ejército en la

retaguardia y de lejos, siendo ésta la primera demostración de incapacidad de José para dirigir una operación que le vino grande desde el primer instante.

El 4 de diciembre de 1808 los franceses volvieron a conquistar Madrid y el 8, Napoleón visitó con su hermano el palacio real, seguidos por toda la Corte, que siempre les acompañaba en sus desplazamientos. Entre el grupo iba discretamente la Marquesa de Montehermoso. El 22 de ese mes, Napoleón abandonó Madrid y José respiró al poder ejercer nuevamente de rey, volviéndose a arrojar en los brazos de Madame de Montehermoso y en sus fiestas.

La fortuna parecía sonreír al ejército francés y José se acostumbraba a su vida madrileña, abriendo plazas públicas, por lo que se le llamó “El rey de las plazuelas”, y restableciendo, con gran satisfacción de los españoles, las corridas de toros que había prohibido Carlos IV.

José aparecía siempre acompañado por la marquesa, quien a todas horas lucía ropas deslumbrantes encargadas a París y transportadas en convoyes especiales. Por su parte, el complaciente marqués de Montehermoso se beneficiaba de la influencia social de su esposa, aumentó considerablemente su fortuna y fue nombrado Coronel de la Guardia Civil de Madrid.

En febrero de 1809 José creó una nueva Orden, la Orden Real de España, inspirándose en la Legión de Honor francesa. Con ella condecoró a Goya, al General Hugo, padre de Victor Hugo, al marqués de Montehermoso, a algunos aristócratas españoles y a un oficial del Estado Mayor del rey, el capitán Amadeo de Carabène, de 24 años de edad, oficial de húsares, que había empuñado su sable por todos los campos de batalla de Europa y que en varias ocasiones había estado próximo a la Marquesa.

El pueblo español estaba completamente decidido a expulsar a los invasores: El sitio de Zaragoza fue terrible, no quedando más que 18.000 de los 50.000 defensores. ¡Hasta la Virgen del Pilar declaró que no quería ser francesa.!

El matrimonio Montehermoso vio decrecer su fortuna, ya que habían desembolsado grandes cantidades para atender las necesidades del rey y los pagos prometidos no llegaban, por lo que numerosas tierras resultaron embargadas y muchos bienes fueron hipotecados.

La guerrilla española se organizaba y el clero arengaba a la población civil. El ejército francés avanzaba muy lentamente y perdía en pocos



Sitio de Zaragoza

instantes lo que había tardado horas en conquistar. Goya se hizo eco de todas estas catástrofes en “Los desastres de la guerra”.

Aparecía la amenaza inglesa: Wellesley, el futuro Lord Wellington, había liberado Portugal y remontando el Tajo se dispuso a entrar en España. Se corrió la voz de que llegaba Napoleón, pero el marqués de Montehermoso, enviado a la frontera francesa para recibirle, volvió sólo, ya que el monarca tenía otras preocupaciones más graves y sobre todo, preparaba su matrimonio con la emperatriz María Luisa.

José consiguió algunas victorias: Ocaña y Alba de Tormes, e hizo desfilar a 18.000 prisioneros españoles por las calles de Madrid. Pero se sentía vejado al ver que Napoleón daba órdenes sin tenerle para nada en cuenta.

En mayo de 1811, los festejos por el bautizo del rey de Roma permitieron a José volver a Francia y ver a su esposa, la reina Julie. Ocasión que hizo patente la hostilidad del Emperador hacia su hermano, al rogarle que no acudiera, que no se moviera de España. Al llegar a París, formando parte del cortejo real, falleció el marqués de Montehermoso, que ya había iniciado el viaje con fiebre.

La marquesa se instaló en Madrid, en el Palacio Masserano, en donde recibía a sus amistades con la gracia y la amabilidad de siempre. Una de las visitas habituales era la esposa del General Hugo, uno de cuyos hijos, Victor, pasaba muchas horas jugando con Amalia, la hija de Pilar.

Es más que probable que Goya pintara en ese mismo Palacio de Masserano el retrato “La marquesa de Montehermoso” En aquellas fechas, la marquesa era Amalia, pues su madre volvía a usar su título de soltera: condesa de Echauz. El cuadro se encuentra en la actualidad en la Victor Hugo Gallery, de Chicago.

Al desaprobar profundamente el comportamiento de la madre, la familia paterna de Amalia decidió formar un consejo de familia para atender a la educación de Amalia, no permitiendo que Pilar dispusiera a su libre albedrío de la cuantiosa fortuna del difunto marqués.

José Napoleón volvió a España el 16 de junio 1811, mientras la guerrilla hostigaba al ejército francés. Se multiplicaban sus conquistas amorosas, con gran desesperación de la condesa. De esa época data la copla que corría por todo Madrid:

De Montehermoso la dama
Tiene un tintero
Donde moja su pluma
Don José Primero

El rey jugaba con las damas al volante, al balón, les paseaba en elegantes carretillas y se divertía haciéndoles volcar sobre la hierba. Mientras, la condesa

pretendía ser una nueva Madame Pompadour, ejerciendo de favorita del rey, reclamando públicamente honores y viajando con escolta de caballería.

Entre tanto, muchos arribistas intentaban hacer fortuna en España y cubrirse de títulos y Wellesley proseguía cosechando victorias por toda la península frente a los generales franceses, que actuaban aisladamente, desoyendo las órdenes del rey, a quien ignoraban. Napoleón había prometido a su hermano importantes ayudas que no llegaban ni llegarían jamás. José Bonaparte vió que la situación se le escapaba de las manos.

En 1812 se confirmó la decepción de José, pues las arcas del estado estaban vacías y las ayudas en metálico enviadas por Napoleón habían sido gastadas nada más llegar. Además, algunos generales franceses crearon impuestos personales, como el Mariscal Marmot, quien exigió a la ciudad de Toledo cuatrocientos millones de reales.

Ante semejante situación y con el consentimiento de José, la condesa de Echauz decidió abandonar Madrid e instalarse en un hotelito de San Juan de Luz, a pocos kilómetros de la frontera, con la intención de adquirir una propiedad discreta, no muy alejada de España, que pudiera servir de repliegue en caso de derrota. La duquesa de Gontant-Biron le propuso entonces una de sus propiedades, el château de Carrèsse, cercano a Sálies de Béarn. La condesa decidió comprarlo, aún sin haberlo conocido. Pagó por él 300.000 francos, cantidad que no financió José como pensaba el Prefecto de aquella época, sino que se sufragó con los bienes españoles de la condesa y con el pago tan largamente esperado de las cantidades prestadas al rey.

Impaciente por volver a ver a José, Pilar volvió a España a finales de octubre de 1812, sin pasar por Carrèsse, instalándose en Valladolid, ciudad más segura que Madrid, pero en donde recibió grandes demostraciones de hostilidad y en donde fue informada de que se había tomado Madrid y que se había perdido toda esperanza de salvar la monarquía josefina.



Château de Carrèsse

Sintiéndose indeseada en todas partes y personificando el símbolo de la traición para los españoles, Pilar abandonó España y como Carrèsse estaba deshabitado y sin amueblar, se instaló en París, en un lujoso hotel de la rue Napoleón, actual rue de la Paix. En diciembre de 1812 llegó a Carrèsse. Su cortejo era inacabable: carretas y carretas llenas de cuadros de importantes firmas, muebles preciosos, libros raros y una innumerable cantidad de bibelots, entre los

que destacaban un frágil busto de la emperatriz Josefina, regalo de José y un espléndido juego de te grabado con las armas imperiales. Muchos de estos objetos se conservan actualmente en un domicilio particular de Carrèsse.

El château era un inmenso edificio construido unos años antes de la Revolución que estaba deshabitado desde 1792, con el inconveniente de que la carretera pasaba pegando al edificio y el cementerio y la iglesia se hallaban prácticamente debajo de la ventana de la condesa. Molesta por las campanas y por las ceremonias fúnebres, no tardó en pedir al alcalde que se trasladaran ambas cosas a otra parte, corriendo ella con los gastos. Este proyecto dividió profundamente a los vecinos, que argumentaban el respeto debido a las sepulturas de la cripta, la belleza de la antigua iglesia y su vinculación con la Historia.

Tras conseguir desviar el camino de forma que bordeara el château, Pilar, pensando siempre en su real amante, salió de Carrèsse a principios de mayo de 1813 y llegó a España, en donde reinaba una confusión total. Wellington conseguía victoria tras victoria y la moral francesa tocaba fondo. José, indeciso, llegó el 15 de junio de 1813 a Pancorbo, con 1.500 españoles que todavía le eran fieles, encontrándose con la condesa en Vitoria, donde pudieron disfrutar juntos unos pocos días, cosa que indignó a los generales, quienes pensaban que lo más urgente era defender la ciudad.

Wellington continuaba su progreso implacable y llegó a las puertas de la ciudad alavesa con 80.000 hombres. José no dio más que 2 órdenes: poner en marcha un convoy bajo la protección del general Maucune y poner a resguardo los equipajes de la condesa y de los generales, desbordantes de riquezas.

La batalla que marcó el final de la era napoleónica en España, empezó a las 8.30 horas del 21 de junio y terminó a las 6 de la tarde. Como recuerdo, diariamente y a las 6 de la tarde suena en el reloj de la Casa Consistorial vitoriana la sinfonía que Beethoven dedicó a esta derrota del Emperador.

La madrugada anterior, la condesa tuvo que tomar dos decisiones durísimas: dejar a su hija en Vitoria, con la familia paterna y huir in extremis sin el rey.

Debido al rigor de estas fechas, hay quien sostiene que no es Pilar la dama que aparece en el monumento situado en la plaza de la Virgen Blanca, pero queda claro que todo él es una alegoría: el dios Marte señala a José el camino de Francia, Wellington lucha aún a caballo, el general Alava aparece ante el pueblo y la Marquesa, con su atuendo personal francés, que parece estar despidiéndose de su hija, figura en una de las alas del monumento ocupadas por las tropas napoleónicas en retirada, junto a un cofre de joyas que deja claro su status.



Beethoven

Fue una auténtica desbandada: los convoyes franceses compuestos por 1.500 carruajes conteniendo lo saqueado en España durante 5 años, fueron robados y vaciados de su contenido. Desaparecieron toda clase de objetos: la espada del rey, ofrecida por la ciudad de Nápoles, un cuadro de Correggio, el bastón de mando del mariscal Jourdan, hasta el orinal de plata del rey fue robado por los soldados ingleses.

El día 23, la condesa se reunió con José en Pamplona, llegando el 27 a Vera de Bidasoa con todo el Estado Mayor, para instalarse en San Juan de Luz y decidiendo llegar por separado a París, en donde la condesa esperaba mantener los favores del antiguo monarca, pero los tiempos habían cambiado y José tenía grandes preocupaciones, un porvenir político muy incierto y Pilar comprobó que ella simbolizaba el desastre francés en España. Durante el verano de 1813 tuvieron algunos encuentros clandestinos, pero Pilar se dio cuenta que su relación había terminado y despechada y sin ninguna ilusión, abandonó definitivamente París, llegando a Carrèsse. Pero tampoco allí se sentía segura, ya que las tropas de Wellington avanzaban rápidamente y amenazaban la frontera francesa. Por lo que pasó temporadas en Bayona, donde se juntaba con otros españoles “afrancesados”, reuniones estrechamente vigiladas por la policía, que remitía frecuentemente informes al Prefecto de Pau.

En enero de 1814 el ejército de Wellington llegó a Lahonce, cerca de Bayona, ocupando ingleses y españoles las dos orillas del río Oloron, justo antes de la batalla de Orthez.

Pilar volvió al château en marzo de 1814, convirtiéndose en una propietaria que gobernaba con mano de hierro sus inmensos dominios. Tanto su correspondencia como los procesos entablados contra ella por algunos particulares, dan fe de que era una mujer de carácter que se comportaba como un señor feudal.

El 11 de abril de 1818, Pilar volvió a contraer matrimonio, esta vez con Amadeo de Carabène, quien había participado en toda la campaña de España y acompañando a José Napoleón, también participó en toda la campaña francesa, en donde fue herido por segunda vez y por lo que recibió de manos del emperador la Cruz de la Legión de Honor. Herido por tercera vez en la batalla de Laon, fue nombrado Ayudante de Campo del Ministro de la Guerra, tras la caída de Napoleón, ya bajo el reinado de Luis XVIII.

Pronto se convirtió en un personaje influyente, siendo elegido miembro del Consejo Municipal de Carrèsse. A instancias de la condesa, asumieron los gastos

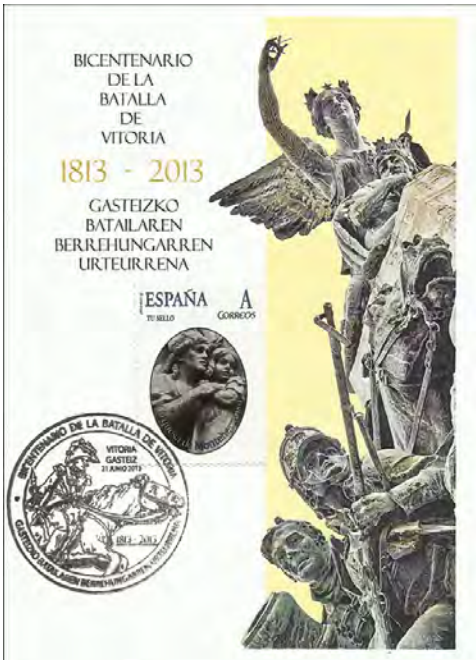


Wellington retratado por Goya

de sanidad de los indigentes de la comuna, abonando también todos los medicamentos que éstos precisaban. Mensualmente, el médico y el farmacéutico de Sálies presentaban en el château una nota de gastos, que era pagada con cheques. Se da la circunstancia de que la condesa fue una de las primeras personas en utilizar un cheque.

En 1843, la condesa, que se desplazaba con frecuencia a Biarritz, entró en contacto con las Siervas de María, de Anglet, ya que quería fundar un colegio público en Carrèsse, para lo que cedió a las religiosas una casa de su propiedad, frente al château. Y para instalarlas debidamente, puso a su disposición dos sirvientas. Pilar solía presentarse en la escuela para visitar a los niños, que le cantaban pequeñas canciones.

Resulta curioso comprobar que nadie conocía la verdadera historia de “madame la comtèsse”. Se rumoreaba que fue amante del rey de España, que el château lo había pagado José Bonaparte y se hacían cábalas sobre su fortuna, que parecía no tenía límites. Intrigaban las visitas que recibía, los cupés con escudos en la puerta que franqueaban la verja del château y dieron que hablar las dos visitas de Goya, la de Godoy o las de los generales Lucotte, Dumas, etc.



Cuando ya contaba 65 años de edad, era invitada al Palacio de Biarritz de la emperatriz Eugenia, con la que estaba emparentada por parte de los Alba.

La exmarquesa de Montehermoso dedicó sus últimos años a conservar y revalorizar sus dominios de Carrèsse.

Pilar falleció el 23 de agosto de 1869 en su hermosa alcoba española, copia exacta de la que tenía en su palacio de Vitoria, frente a las tumultuosas aguas del río Gave, tan indómito como ella, de quien puede decirse que “había amado mucho”.